



Seix Barral Biblioteca Breve

Rafael Pérez Gay
Perseguir la noche

Diseño de portada: Genoveva Saavedra
Fotografía de portada: © Shutterstock / Everett Collection

© 2018, Rafael Pérez Gay

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: septiembre de 2018
ISBN: 978-607-07-3963-7

Primera edición impresa en México: septiembre de 2018
ISBN: 978-607-07-3950-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

El tiempo presente y el tiempo pasado
acaso estén presentes en el tiempo futuro.
Tal vez a ese futuro lo contenga el pasado.

Si todo tiempo es un presente eterno
todo el tiempo es irredimible.
Lo que pudo haber sido una abstracción
y sigue siendo perpetua posibilidad
sólo en un mundo de especulaciones.
Lo que pudo haber sido y lo que ha sido
tienden a un solo fin, presente siempre.

T. S. ELIOT

«Burnt Norton», *Cuatro Cuartetos*,
versión de José Emilio Pacheco

La diferencia entre el pasado, el presente
y el futuro es sólo una ilusión persistente.

ALBERT EINSTEIN

PRIMERA PARTE

I

La vida está hecha de diversos caminos. Cada cosa puede ocurrir de una forma y también de otra. Todos hemos pasado alguna vez por un acantilado desde donde vemos la ciudad de nuestra existencia. A lo lejos se ve el trazo de la avenida central de la familia, las calles de los amores imposibles, los callejones de los sueños rotos, los monumentos de nuestros muertos, el gran teatro de la historia, la catedral de la memoria, la plaza de la enfermedad. De ese acantilado y esa ciudad trata este informe.

He pasado una buena parte de la vida esperando mensajes. Me refiero a comunicaciones serias, a esas que vienen del más allá. Hay cosas que dependen más que otras de la paciencia y esta es una de ellas. Siempre esperé envíos del otro mundo, como si hubiera una sección de paquetería detrás de la neblina que separa a la vida de la muerte. Por eso he dedicado años de mi vida a la historia cultural, porque la considero un enorme libro de mensajes que vienen de lejos a través de ecos de otros tiempos. Por esta compleja razón que cualquier psicoanalista quisiera interpretar, hace años

llegué a la esquina que forman las calles de Madero e Isabel la Católica una noche fría de vientos cruzados en el Centro de la Ciudad de México.

En ese lugar estaba el Gran Café La Concordia. Era el punto de reunión de la generación de liberales que tantos elogios patrios ha recibido no sé si con plenos merecimientos. No vamos a discutir en este momento de literatura y servicios a la nación, faltaba más. Corría el año de 1868, Ignacio Ramírez y Manuel Payno tomaban café en una de las mesas de esa esquina e intrigaban contra sus enemigos políticos y sus rivales literarios. En la oscuridad, las sombras atravesaban las calles enfangadas. La ciudad era un fracaso.

Veinte años después de que Payno y Ramírez intercambiaran juramentos de venganza contra sus adversarios —les sobraban agravios—, en ese mismo lugar, Manuel Gutiérrez Nájera tomaba café con coñac y escribía uno de los miles de artículos que redactó en mesas de café, vestíbulos de teatro y gabinetes umbrosos. Con frecuencia lo acompañaban Amado Nervo, Luis G. Urbina, Jesús Valenzuela. Hablaban de la melancolía, la enfermedad de fin de siglo. Uno no sabe nunca nada. Esos escritores ignoraban que eran la marca final de una época y los últimos que tomarían café y hablarían del porvenir de la ciudad en ese lugar. El edificio de La Concordia fue derruido en 1906, un vaticinio de los duros tiempos de tempestad que se avecinaban. Más libre y egoísta, no hay libertad sin egoísmo, el Duque abandonó a sus amigos en el año de 1895. Murió a los treinta y cinco.

Años atrás, a unos pasos de La Concordia, había cerrado el Café El Cazador, en la esquina de Plateros y el Zócalo.

En sus interiores, Juan de Dios Peza declamó una y otra vez alguno de sus insufribles versos, cursis como el almíbar. Si usted camina por esa banqueta encontrará en su lugar la joyería El Portal, uno de los locales de las accesorias del hotel Majestic. El Cazador cerró sus puertas en 1900, el nuevo siglo lo borró del mapa urbano.

Me he desviado, pero era necesario para volver a la noche en que fui a la esquina de Madero e Isabel la Católica. Yo preparaba una antología del Duque Job, principal seudónimo de Manuel Gutiérrez Nájera. Idas y venidas a la hemeroteca, cuadernos llenos de notas transcritas de viejos periódicos —no había computadoras portátiles—, mapas de la ciudad, sitios clave en que se situaban los templos, los cafés, los diarios de fines del siglo XIX. Me concentré en la vida breve de un hombre tocado por el magisterio de la prensa de finales de siglo. Mis páginas no eran la antología de un autor, tocaban la orilla de la obsesión que mis amigos empezaron a lamentar. Duro y dale con el Duque Job, día y noche. Los amigos somos así, sólo entendemos nuestras obsesiones, las ideas de los otros nos parecen triviales.

Una noche conocí a Villasana. Me lo presentó Guillermo Fadanelli una noche de juerga que empezó en una cantina de avenida Revolución, El Puerto de Veracruz, y terminó veinte horas después en una bar *after hours* de la Roma que ostentaba este nombre: El Último Rincón de los Bohemios. El Puerto de Veracruz ocupa una esquina en avenida Revolución y traza una línea fronteriza de la colonia Escandón, donde empezó esa parranda. Puestos frente a frente por un

azar, le dije a Villasana que estábamos bebiendo en lo que fue el granero de la hacienda de la Condesa a finales del siglo XIX. Entonces me dijo, en corto y sin venir a cuento, que él era capaz de comunicarse con seres que habían abandonado el mundo de los vivos. Así nomás, como si pudiera abrir el directorio, marcar un número y decir: ¿Cómo se vive allá en el otro barrio, señor Pérez? Se le extraña por estos rumbos.

Villasana tenía ancestros cubanos, santeros, decía él, y alardeaba con imágenes efectivísimas para transgredir la aduana que todos pasaremos al final. Sus experiencias espíritas eran interesantes y sonaban más falsas que las frases de un cura en el púlpito, aun así le di carrete:

—¿Si quiero entrar en contacto con alguien del siglo XIX? —yo estaba más borracho que una cuba.

—Me das algo que le haya pertenecido, o me llevas a un lugar que él haya frecuentado probadamente y te contacto después de unos días y ciertos trabajos.

—¿Cuánto me vas a cobrar?

—Si yo cobrara por mis dones sería rico.

—A mí me pasa igual, pero tengo pocos dones —lo provoqué.

Hablaba como un gestor, un coyote del Monte de Piedad, ¿quién no se ha dejado envolver una vez por uno de ellos en busca de una verdad? Recordé a un amigo que siempre dice: ah, la maldita verdad. Así llegamos a la esquina de Madero e Isabel la Católica esa noche de vientos cruzados. Yo no tenía idea de lo que haría Villasana y me sentí irritado conmigo mismo. Me pasa seguido, la cólera me persigue como mi

sombra. Una hora después de mirar un edificio como dos idiotas, Villasana me dijo:

—No puedo. Nunca me dijiste que el edificio desapareció y que este nada tiene que ver con el original.

Miré a nuestro alrededor, la ciudad del futuro del Duque también era un fracaso. Figuras recortadas contra la noche atravesaban oscuras en el Centro Histórico, un vendedor de mercancía robada, un *dealer* colocando gramos de cocaína de pésima calidad, un vago perdido, una puta jodida, un niño de la calle planeando un robo de poca monta.

—El Duque escribía y bebía en esta esquina —le dije buscando una salida de emergencia—, en un café muy famoso y luego, para curarse de culpas indomables, cruzaba a la Profesa y rezaba —le señalé el templo.

Los que investigan asuntos históricos de la ciudad convierten su interés en codicia y su codicia en maldad. Yo había estudiado la historia del Templo de la Profesa. En 1629, la gran inundación de la Ciudad de México convirtió a la iglesia en un pedazo inmundo de piedra y lodo. Luego vino la impresionante reconstrucción del arquitecto Pedro de Arrieta en 1720. Las obras de arte pictórico que acumuló fueron únicas en la ciudad. También sabía que ningún conjuro o efluvio de santería impondría su fuerza a las puertas de la Profesa. Esperamos un buen tiempo. Nada. Ni un espíritu, ni un carajo del Duque. Le di un trago al ánfora que cargaba en el bolsillo interior del saco. Villasana se derrotó y yo con él, aunque nunca se lo dije. Me dijo muy serio, desvincijado:

—Sólo he visto fuego, hermano. Sólo llamas. Dios se interpone.

Villasana pensaba que podía comunicarse con los muertos como si pudiera mandarles mensajes de texto. Yo sabía, lo sé aún, que por las calles más antiguas de una ciudad caminan los muertos que hemos olvidado. De esto y no otra cosa tratan las historias de las ciudades: de la derrota de la memoria. Abandonamos a la Profesa y a la noche. No recuerdo qué fue de mí en aquel tiempo. Recuerdo que en esa época todo me desagradaba, no creía en nada ni en nadie. Sé muy bien, lo supe siempre, que la iglesia de la Profesa sufrió un terrible incendio en el año de 1914 que destruyó la cúpula y las pinturas preciosas del siglo XVII. No hay que ser adivino, esto lo sabe cualquiera: las llamas, ese es el patrimonio de la Profesa. Por cierto, sigo a la espera de un mensaje verdadero.

Nunca le revelé a Villasana la verdad de aquella visión nocturna. Sé de personas que han logrado comunicación con seres de otros tiempos, no sólo a través de sesiones espíritas, vía más o menos común con almas perdidas, sino de los mensajes que nos envían desde el más allá, en el caso de que sean ellos y no nosotros los que habiten otro mundo.

No todos saben que en la esquina de Tacuba y Eje Central, en el Centro, está el lugar donde vivió Ignacio Manuel Altamirano, el gran escritor del siglo XIX que le puso casa a la cultura mexicana en la revista *Renacimiento*. Villasana

aseguraba que había visto a don Nacho entrar y salir del edificio, perderse en las sombras. Altamirano revive en esas calles algunos de sus muchos fracasos amorosos con grandes actrices que lo despreciaron. El cronista vuelve a pagar la cuenta de su amor propio destrozado por la vanidad de actrices como Adelaida Ristori.

El dinero siempre es atractivo, incluso para quienes afirman que les importa un cacahuete. Y don Nacho andaba en las últimas, sin un quinto partido por la mitad, vivía de prestado. Tampoco era guapo, es decir, no tenía nada que ofrecer para besar el largo cuello de la Ristori. Porfirio Díaz le había retrasado el pago de sus haberes de guerra, inmerecidamente para alguien que participó en el sitio de Querétaro, cuando las fuerzas juaristas derrotaron a Maximiliano de Habsburgo. La señal que Altamirano envía al futuro es simple y dolorosa. Prostitutas que entran y salen de un edificio. Aún después de muertos nuestro amor propio buscará una compensación.

Quien siga las huellas del mapa del Centro de la Ciudad de México se encontrará, tarde o temprano, con fantasmas. Lo inquietante, les decía, será que esos fantasmas se preguntarán quiénes somos, de qué mundo extraño venimos, por qué vagamos en su ciudad sin un rumbo fijo. Tengo más calles y espectros, los pondré aquí de vez en cuando, como corresponde a un coleccionista de sombras.

No es fácil imaginar que donde se encuentra el Sanborns de Tacuba y Eje Central, frente al Palacio Postal, estuvo la casa de Ignacio Manuel Altamirano. La habitó durante años.

Antes de que el Maestro cumpliera con su misión de cónsul en Barcelona se mudó a Puente de Alvarado. La casa fue entonces una tienda, La Mariscal, y después una cantina, El Salón Correo. Los estudiantes se reunían ahí donde Altamirano caminó, se llamaba Café México. En ese lugar ocurrió esto que cuento enseguida:

La noche del 4 de febrero de 1875 la casa de Margarita Pérez Gavilán, esposa de Altamirano, sucumbe a la magia que prepara un secreto. Movimientos rápidos frente al armario, cuidadosas decisiones para una indumentaria especial, aguas de lavanda. Altamirano salió de su casa embozado en una capa de vueltas afelpadas, la cabeza cubierta con un fieltro oscuro, como si fuera a la guerra. Y en efecto, iba a otra guerra que perdió siempre. Un coche de alquiler lo llevó a su destino de fiestas y promesas amorosas —por ese entonces todo su salario como fiscal de la Suprema Corte de Justicia se lo quedaban los cocheros. «Es la única frivolidad que me he permitido en la vida», confesaba Altamirano a sus amigos. No era la única.

Era una noche excepcional para la vida mexicana. El Liceo Hidalgo y la Sociedad Filarmónica Mexicana ofrecían a su ilustre socia de mérito, la señora Adelaida Ristori, una velada en su honor en el teatro del Conservatorio de Música y Declamación. La alocución sería leída, según decían las letras góticas de una invitación mal impresa, por Ignacio Manuel Altamirano. El discurso de amor traía, entre otras maravillas de la retórica y malabares de la entonación, la flor del elogio. Un silencio respetuoso llenó el salón del Conser-

vatorio. Se oyó la voz: «Nosotros no hacemos esta noche más que consagrar con la apoteosis, la aclamación unánime del pueblo mexicano. Acéptala, señora, porque la has merecido por tu talento y por tus virtudes».

El agobio de la despedida cubrió lentamente a Altamirano, que recibía felicitaciones y despachaba asuntos de cultura sin poner atención. Ella se iba, pero él estaba dispuesto a seguirla a donde fuera necesario. Adelaida se resistió, invulnerable, incluso llegó a decirle que su discurso había sido un elogio desmedido que invitaba a la murmuración. Altamirano le dijo:

—Adelaida, quien rechaza un elogio, es porque quiere que lo elogien dos veces —le dijo con un toque de rencor.

—Naciste para los papeles trágicos mucho más que yo, que soy la actriz. No insistas, Nacho —repetía de memoria algún parlamento, única flecha que tuvo a la mano para reponer su vanidad dramática.

Al amanecer, Altamirano volvió a su casa más abatido que nunca. Regresó sintiéndose feo y pobre, pensando que no había mujer sobre la Tierra que lo volteara a ver. Se desvistió en silencio con el corazón despedazado mientras Margarita dormía en otro extremo de la cama. La casa le pareció una prisión miserable. Era peor que un rechazo, se habían amado alguna vez como si su amor empezara una larga temporada de felicidad. Pero la Ristori se iba, y él tuvo la fuerza absurda e inútil de ir a despedirla y rogarle por última vez diciéndole que iría a buscarla a Europa, a su tierra, un pueblo cercano a Venecia.

El día siguiente de la partida de la Ristori fue un día fúnebre para Ignacio Manuel Altamirano. Todo le pareció envuelto en una atmósfera negra que flotaba confusamente sobre el exterior de las cosas, y la tristeza se le metió en el alma como un alarido. Días después vino la gastralgia, y luego el miedo a la muerte, y luego las dudas sobre su trabajo y, finalmente, castigó con insultos y sin ninguna piedad su triste figura.

En 1889 la actividad pública le puso enfrente un anzuelo que él identificó con la tranquilidad del extranjero. Entonces, fue nombrado cónsul general en España. Meses después del nombramiento, permutó con Payno el puesto y se fue a París. A los cincuenta y cinco años, en el corazón de Europa, lo asaltó una enfermedad grave; le recomendaron San Remo, la superstición de los tuberculosos que se aferran a las brisas mediterráneas, última esperanza de vida y curación.

En febrero de 1893 Altamirano caminaba rumbo a un palacio de construcción a la italiana, con dos alas salientes y tres escalinatas. El castillo se levanta entre manchas de árboles enormes y verdes desiguales sobre la línea curva del camino enarenado. Adelaida Ristori, por supuesto, no apareció esa mañana europea de frío y neblina. De hecho, no volvió a aparecer nunca. Altamirano murió el 13 de aquel mes en San Remo.

Pienso que algo de toda esta historia debe quedar en la esquina de Tacuba y Eje Central, algo que resonará entre las piedras, un eco de aquel fracaso.

Mientras escribía estos episodios de una novela inacabada, me sentí perdido en mis mentiras, mis laberintos y mis sueños. Tiempo después supe que esas tres provincias eran una y la misma cosa. Me acercaba a los cincuenta años y me sentía cada vez más lejos del escritor que quise ser en mis años de juventud.

La fiesta de mis cincuenta años había ocurrido como las imágenes de un álbum fotográfico que enseña el paso del tiempo. Un grupo de amigos que alcanzó la primera juventud en los años setenta se tomaba fotos con mis hermanos, mis sobrinos, mis hijos. Los posesivos no son casuales en esta historia. Una rareza: en algún lugar de la tarde, Delia lloró desconsolada. Recuerdo que le dije:

—Los vinos se te subieron a la cabeza.

—No sé qué me pasa —me contestó sin revelar el enigma antes de arreglarse en el baño los ojos con un rímel a prueba de la sal de las lágrimas.

La tarde de mayo cumplió su promesa de aguas de verano y dejó caer un chubasco antes del atardecer. Nos instalamos en la noche y la música de otros tiempos. Encendí uno de los puros que me llevaron de regalo ese día, me serví un whisky y pensé con deliberada e inútil melancolía: subí el escalón, estoy en los cincuenta, aquí empieza algo distinto.

Durante la noche de vapores que dejó el chubasco habíamos luchado a brazo partido contra el calor. Dormimos casi a la intemperie. Ventanas abiertas al mundo, un enfriador,

sábana delgadísima, paños menores. Gran figura la del paño menor, los mayores me imagino que son gruesos abrigos. En la mañana, la rutina esparció su polvo de óxido. Amanecí molido, como si hubiera trabajado en una mina. Regresé a la luz del día con la palabra *novela* en la punta de la lengua. Nadé un kilómetro y medio, regresé a casa a leer los diarios, y antes de salir a la oficina hice lo que pude con un capítulo de la novela que traía entre manos, una estampa de Altamirano, amante desdichado que se gastaba el poco dinero que recibía en putas de callejón, una historia de personajes de fines del siglo XIX. Esta era una de las tramas de la novela que me debía desde hacía muchos años, antes de que tocara la orilla de los cincuenta, incapaz de sacarla adelante hasta que se desvaneció como los sueños cuando volvemos a la vigilia.

El desánimo dirigió las pequeñas causas de mi vida. En una junta de negocios. Así les llamo yo a las reuniones de trabajo: juntas de negocios. Mientras alguien hablaba muy en serio de cosas que no eran serias, yo pensaba en dos o tres lugares de la ciudad. Saqué un pañuelo azul del bolsillo posterior de mi pantalón y me limpié el sudor de la frente. La historia de mis pañuelos no la voy a contar aquí, pero merece unas líneas aparte. Sólo voy a adelantar que mi padre lo llevaba en la bolsa del saco; yo en la bolsa del pantalón. Un día me di cuenta de que perdía mis pañuelos. Di dos cabezazos de sueño en la junta de negocios. Nadie lo notó. Salí como alma que lleva el diablo. Pensaba en un episodio que mencionara las noches en que don Ignacio se perdía en la oscuridad de la

calle de las Gallas, hoy Mesones, el lugar de las putas donde el prócer desataba la fiera de sus amores frustrados.

La noche plantó en casa sus sombras: en un cuarto sonaban los ruidos del fin del mundo de un videojuego de mi hijo; mi hija, estudiante de medicina, había terminado de memorizar los músculos faciales para un examen de anatomía; Delia leía un capítulo del escritor italiano Tabucchi para su sección «Gajes del oficio», un conjunto de subrayados acerca de la pasión de escribir. Su libro de frases y aforismos había aparecido un mes y medio antes y lo habíamos presentado a los amigos en El Hijo del Cuervo, el viejo bar de Coyoacán. Yo estaba leyendo un libro sobre las epidemias del siglo XVII en México. A las doce de la noche me venció el sueño con el libro entre las manos. Antes de meterme a la cama fui a orinar.

Oriné sangre. Un chorro rojo que tiñó la taza y me llenó de estupor. No me dolía nada, no me sentía mal, no había tenido ningún síntoma. Interrumpí como pude la micción y desperté a Delia. La traje al baño y le dije:

—Mira esto —y arrojé la última parte de un torrente rojo oscuro.

—Háblale a Kraus en este momento —me dijo.

Tomé el teléfono y desperté a Arnoldo Kraus, médico y amigo de la familia. Oyó con paciencia mi reporte sangriento y me dijo:

—Tómate un Tafil. Mañana quiero un examen completo, un Perfil 27, y ultrasonido de vías renales, región inguinal y testicular.

Ayudado por la benzodiacepina del Tafil dormí profundo. No sé qué soñé.

A la mañana siguiente oriné un líquido rojo en un bote esterilizado para las muestras del laboratorio. A las nueve de la mañana salimos rumbo al hospital Inglés:

—¿Una infección en los riñones? —le pregunté a Delia.

—Me imagino que sí. ¿Te duele la espalda?

—Nada.

Le contesté la verdad. No me dolía nada. Me hicieron los estudios de laboratorio, pero no el ultrasonido:

—La agenda está llena —me dijo la encargada y me dio una cita para el día siguiente.

Regresamos a la casa al mediodía. Tomamos un té y pusimos panes en un cesto tejido de mimbre. Quise orinar. El chorro rojo ahora era fresco, casi fosforescente, un color imposible. Al terminar arrojé dos coágulos que se estrellaron en las paredes del retrete y se perdieron en un estanque rojo. Tuve miedo y me sentí abatido al mismo tiempo.

—Háblale a Kraus. Si no lo encuentras creo que habría que internarte en el hospital —me dijo Delia, que perdió la serenidad y le impuso al miedo la decisión de actuar de inmediato.

Conseguí a Kraus en su celular y le conté. Me dijo:

—La sangre sin dolor no me gusta. Hay que ver a un urólogo cuanto antes. ¿Ya te hicieron el ultrasonido?

—Mañana a las ocho —le respondí, y de inmediato le pregunté—: ¿qué puede ser esto?

—Muchas cosas, no adelantemos en vísperas. Te veo mañana en el consultorio. De ahí te vas a ver al urólogo.

Las voces en el teléfono dicen mucho más de lo que dicen, la de Kraus sonaba como una alarma de incendio. El miedo me tumbó en un sillón, mi mente se desorganizó como bajo los efectos de un cataclismo psíquico. El fuego de la espera.

Quise desactivar el miedo perdiéndome en el pasado al que me llevaban las tramas de mi novela postergada. Cerré la puerta de casa y arranqué a caminar hacia el Centro. Una hora después llegué a la avenida Reforma, cerca de Juárez.

Buscaba la sede de las oficinas del periódico *El Siglo Diez y Nueve*. En ese lugar, Francisco Zarco fundó el periodismo de combate. Mi padre hacía muchas cosas sin saber y muchas veces cambiaba la vida de las personas. Un día me regaló una poderosa arma para el conocimiento de la ciudad: el directorio telefónico del año de 1891. Caminé por Eje Central Lázaro Cárdenas y llegué a la esquina de Artículo 123. Observaba el desastre de vendedores en un lugar que antes se llamó, según las páginas amarillas del directorio, Rebeldes y Victoria. En esa cuadra estuvo también *El Siglo Diez y Nueve*, una de las grandes instituciones liberales del periodismo decimonónico. De ser así, podría toparme en cualquier momento con su director, Zarco, o con Ignacio Cumplido, quien lo fundó en el año de 1841.

La noticia de la muerte de Zarco fue una de las primeras desgracias de la República Restaurada. En sus funerales, el

23 de diciembre de 1869, Ignacio Manuel Altamirano pagó el tributo de una deuda intelectual y periodística y pronunció un discurso:

Quienes recuerden lo que era México cuando Zarco, inspirado como por una sibila interior que le hacía ver el porvenir, tomó la pluma y la lanzó a los combates del pensamiento, podrán medir lo gigantesco de su trabajo.

Los políticos, los masones, los periodistas, los amigos de Zarco que vieron descender el ataúd a la fosa en el panteón de San Fernando sólo vieron un cajón vacío. El cadáver del periodista más apasionado y recto de México había sido embalsamado en la casa del diputado Felipe Sánchez Solís, amigo del alma de Zarco. En el altar de la amistad, Solís decidió sentarlo a la mesa, como si estuviera escribiendo, en una de las estancias de su casa. El diputado llegaba a casa y despachaba su correspondencia frente al embalsamado. Seis meses después, Solís aceptó darle a su amigo cristiana sepultura. Esta historia es rigurosamente cierta y formaba un breve capítulo de mi novela sobre la amistad y la admiración. ¿Qué buscamos en el pasado? Una sombra de lo que pudimos ser, un fantasma de nosotros mismos.

Desde la primera vez que escuché la historia de la momia, imaginé a Zarco escribiendo un diario íntimo que no logró atravesar la frontera de los muertos cuando quieren volver al mundo de los vivos. Zarco regresó de Estados Unidos en 1867 con treinta y ocho años y una enfermedad que lo

consumiría en poco tiempo. Al periodista, al historiador del Congreso Constituyente de 1856 lo sorprendía, a su vuelta del exilio, no tanto la certidumbre del triunfo como el leve pero firme desasosiego de una vida que tocaba a su fin.

Un coche arreglado para un solo caballo lo condujo por las calles estrechas de la Ciudad de México, una polvareda en verano, un fango de mosquitos crecidos en los charcos de las lluvias. Entonces Zarco pensó algo sobre el imposible progreso de la nación y estuvo seguro, como muchas veces en el secreto de la intimidad, de que el país estaba más lejos que nunca de ese paraíso moderno del que regresaba: Estados Unidos. La victoria avanzó por el Paseo de la Emperatriz, propicio para los encuentros amorosos, cuando se le atravesó la segunda nube negra. Hay días que son meses, meses que son años, y aquel último mes, el de la victoria liberal —el de los ejércitos de Díaz en la ciudad, el de Juárez triunfante—, estuvo tan lleno de vida pública que todo lo demás, vivir o morir, el miedo o la tristeza, no encontraba espacio ni sitio en su vida: la patria lo arrasaba todo.

Zarco mira pasar la ciudad liberal y recuerda una línea de un viejo discurso pronunciado en el Liceo Hidalgo, en 1851: «Qué cantos ha de entonar el que canta en las ruinas». Y al fin encuentra esa imagen para el regreso, para sus amigos Ramírez, Prieto, Payno, Zamacona. No otra cosa resumía la Ciudad de México en el año de 1867, su presencia débil y triste, ese acto primigenio: cantar en las ruinas.

En unos meses convirtió la redacción de *El Siglo Diez y Nueve* en un nido que ardía en discusiones vehementes so-

bre la situación del país y las incertidumbres del futuro; acudían hombres de acción a ofrecer dinero para el periódico y los jóvenes escritores ofrecían sus servicios.

En el tramo final de su vida, Zarco trabó amistad con un joven liberal llamado Ignacio Manuel Altamirano. Lo vio llegar muchas veces a la redacción con los manuscritos de sus *Revistas Teatrales*, hablaba del renacimiento de las letras nacionales y de los jóvenes literatos en quienes tenía puesta toda su confianza. Conversó sin pausa con él hasta la mañana de diciembre en que murió sin saber bien a bien quién sería Altamirano. En su diario íntimo, Zarco debió escribir sus recuerdos cuando recorría el Paseo de la Emperatriz, una calle que se llamaría Reforma hasta el final de los tiempos.

De regreso de ese viaje al pasado, recordé que todos llevamos con nosotros una calle, el recuerdo de una calle, en ella se cifra el misterio de nuestra memoria y la luz del porvenir. Cuando llegué a casa, una punzada en el vientre, como un toque eléctrico, me dobló como una vara vencida por los ventarrones.

En coche rumbo a Observatorio, camino al hospital Inglés. La avenida Constituyentes, un asco de tránsito. Me acompañó mi hija. Para la antesala, ella llevaba un libro de Murakami, me parece que *Tokio Blues*; yo traía una antología a cargo de Borges, *El libro de los sueños*. Cuarenta minutos de espera. Odio las antesalas.

Pasé a un cubículo en donde me desvestí y me puse una de esas batas nefastas abiertas por detrás diseñadas para enseñar las nalgas y padecer humillaciones. Me tendí de lado en una cama y empezó el ultrasonido. Creo que primero vio en la pantalla la vejiga y los riñones, luego los testículos y la región inguinal. El médico me pidió que tomara una botella de agua. Luego me dijo que orinara:

—Aprovechemos el tiempo y hagamos también una sonografía de próstata, hígado, de toda la región.

Mientras el aparato se deslizaba sobre la piel lubricada con gel, me preguntó:

—¿Por qué le pidieron estos estudios?

—Porque oriné sangre —aproveché el envión y le pregunté—: ¿ha visto algo?

—Es necesario interpretar el estudio.

Una hora después salí del cubículo de imagenología. Mi hija había abandonado la lectura y perdido la paciencia desde hacía rato. Recogimos el Perfil 27 y bajamos la cuesta de Constituyentes. Fernanda terminaba en esos días el primer año de la carrera de medicina. Lo primero que vio fue la placa de tórax. La interpretación terminaba con la palabra *normal*.

El resto de los estudios presentaba valores correctos en la sangre, la fosfatasa, la bilirrubina y, sobre todo, en algo que me preocupaba, el antígeno prostático. El examen general de orina llamaba la atención con números y párrafos técnicos sobre la muestra con líquido rojo que había entregado el día anterior. Las buenas noticias me tranquilizaron.

Por alguna razón se me quedó adherida a la memoria la trama bíblica de un relato de la antología de los sueños preparada por Borges que repasé en la sala de imagenología y en el piso de asuntos cardiovasculares en donde me hicieron el electrocardiograma:

En el año doce de su reinado, Nabucodonosor tuvo un sueño que lo agitó pero al despertar no podía recordarlo. Llamó a los magos, astrólogos, encantadores y caldeos y les exigió una explicación. Adujeron los caldeos que no podían explicar lo que no conocían. Nabucodonosor les juró que si no le mostraban el sueño y le daban una interpretación, serían descuartizados y sus casas convertidas en muladares, pero si lo hacían recibirían mercedes y mucha honra. No pudieron hacerlo y el rey decretó la muerte de todos los sabios de Babilonia. La sentencia alcanzaba a Daniel y sus compañeros. Daniel tuvo entonces la visión de una estatua con cabeza de oro, cuerpo de plata, piernas de bronce y pies de hierro y barro. Una piedra (no lanzada por mano) derribaría la enorme estatua del rey.

Daniel era como el jefe de asesores de Nabucodonosor y le vendió al rey una trama en la que Dios le otorgaba el imperio, el poder, la fuerza y la gloria. El rey la compró de inmediato y honró a Daniel.

Del breve texto traído por Borges de Daniel 2:1-47 a mí me movía sólo el principio, pues desde la mañana me sentía como quien ha tenido un sueño que lo ha agitado pero que no puede recordar. Y supe algo que confirmaría una y otra

vez durante los meses siguientes: algunos médicos son como Daniel, otros como los Sabios de Babilonia. Vislumbré algo más: algunas veces los médicos tienen que contar una fábula inverosímil para decir la verdad.

Torre de consultorios del hospital ABC. Tarde nublada con amenaza de lluvia. Antesala para ver a Arnoldo Kraus. Delia y yo hemos recogido los sonogramas. Mientras esperamos leemos las tres páginas de resultados. Nos abrimos paso entre el lenguaje especializado y creemos descubrir algo que no nos gusta. Hacemos una pausa, recargamos la cabeza en la pared y dormitamos. Traje a mi madre a esa duermevela, un recuerdo de mi madre. Abrimos los ojos y pasamos al consultorio de Arnoldo Kraus. Le entregué los sobres con los estudios.

—Ya los vi. Me los enviaron de imagenología. Además bajé a ver el video en la pantalla. No tengo buenas noticias —hizo una pausa con los papeles en la mano y siguió—: hay una lesión en la vejiga. No creo que sea un pólipo o un coágulo. Está demasiado firme, duro, ¿me entiendes?

—Entiendo —contesté desde lejos, en la otra orilla, el lugar al que tendría que mudarme a partir de ese momento.

—Hay una probabilidad de que sea una lesión maligna. No podemos adelantarnos, pero si así fuera, ¿cómo calificarla? —me miró como esperando que yo agregara la palabra que faltaba, pero guardé silencio.

—Si es maligno, prefiero que tú lo califiques —le respondí.

—No he dicho que sea maligno —cortó el hilo de mi argumentación—. Quiero decir que si fuera maligno sería cáncer. Un cáncer muy tratable. Debes creerme. Ahora hay nuevas formas de enfrentarlo. Puede curarse después de un tratamiento que no implica quimioterapia o radiaciones. Además, me parece que estamos muy a tiempo. ¿Me sigues? Si te dijera en este momento que tienes diabetes o hipertensión sería un diagnóstico mucho peor. De verdad. El resto de tus estudios nos informa que la zona está limpia —dijo mientras observaba la placa de pulmón—: deja de fumar. El Perfil 27 nos dice que por lo demás estás sano. Preguntas —esperó un momento en silencio.

—No tengo preguntas.

—Quiero que vean el ultrasonido.

Nos levantamos y caminamos hacia una ventana de luz. Desde ahí veríamos la lesión ocupante, como decía el estudio. Kraus puso los negativos en el pizarrón luminoso. En una de las múltiples imágenes había una oquedad, como la boca de una cueva, la entrada a la vejiga. En la oscuridad sobresalía en alto contraste un raro filamento que había crecido en el centro. Arnoldo lo señaló:

—Aquí se ve con claridad.

En efecto, se veía ese desarrollo que yo asocié con algo submarino. Pensé que parecía un coral, un coral incrustado en el fondo de la vejiga. Sentí un viento frío, la primera de las muchas veces en que mis interiores serían públicos.

Yo no tenía preguntas, pero Delia sí, la primera fundamental para la secuencia de los hechos:

—¿Qué sigue?

Kraus nos llamó de nuevo al consultorio, con la mano nos pidió que nos sentáramos. Marcó el teléfono y pidió una cita con el urólogo. Hizo una cita para el lunes siguiente. Eso quería decir, entre muchas otras cosas, que teníamos por delante tres días largos y desconcertantes.

—Se llama Salomón González Blanco y quiero que vayas con él, con ningún otro —insistió—, esperemos hasta el lunes. Mientras tanto no te angusties de más. Llámame a la hora que desees si quieres hablar o consultarme cualquier duda.

Al final Kraus nos había explicado el sueño que nos agitaba y que no recordábamos. Se había portado como Daniel y no como los Sabios de Babilonia. En medicina y en literatura, revelar una verdad es un arte.

En el estacionamiento del hospital, Delia me dio a morder un Tafil. Me tragué un trozo amargo de serenidad, ella la otra porción. Llevábamos un legajo de estudios y un desconcierto irreal como en uno de los sueños que eligió Borges.

Mayo sangriento, título de dos pesos para mi nueva vida. El mes de mi cumpleaños me había traído la enfermedad y el miedo. La idea de que tenía cáncer empezó a ser real en la madrugada. Desperté en la oscuridad y supe que me dirigía hacia la orilla en donde esperan la enfermedad y el laberinto blanco de los hospitales. Mientras todos dormían en casa, la irrealdad se transformó en una verdad dura como el metal: tengo un tumor canceroso en la vejiga.

Tomé un Tafil completo. Una hora después soñaba con mis padres. A sus ochenta y nueve, no soportarían la noticia. Por eso los traje a mi sueño, para pedirles la ayuda que ya no podrían darme en su vejez. Decidí no decirles nada aún a nuestros hijos. Todo en su momento; de paso, no le arrancaríamos a los días lo poco que les quedaba de normalidad, de vida enraizada en el árbol de las cosas cotidianas.

Bebí whisky, fumé, pensé, leí, me encerré en mí mismo, vi alguna de las películas que un amigo me regaló como apoyo para pasar la oscuridad de los tres días por delante antes de la consulta con el urólogo. Así pasé la primera noche.